

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



REGARD, SO.

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 313.—LUNES 26 DE FEBRERO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 90.

REVISTA UNIVERSAL.

Noticias de actualidad. La reina de Inglaterra ha concedido á los condes de Aberdeen, Ellesmore y Carlisle el orden de la Jarretiera.

—A principios del mes contaba el ejército inglés de Sebastopol en el hospital, 67 oficiales y 4,382 individuos de la clase de tropa.

—Entre Strasburgo y Metz va á establecerse un campamento de 60 á 80,000 hombres, habiendo el E. M. G. tomado varias disposiciones preparatorias.

—El general Canrobert ha pedido al almirante Bruat otras 30 piezas de grueso calibre y 15,000 cartuchos para artillería, además de 32,000 que le había proporcionado con anterioridad.

—Para la restauracion del panteon imperial de la catedral de Speier ha contribuido el emperador de Austria de su bolsillo secreto con 52,000 florines.

—Parece resuelto ya que el rey de Portugal D. Pedro V marchará á la corte del vecino imperio, con motivo de celebrarse en ella la esposicion universal.

—La apertura de las Cámaras del reino de Wurtemberg ha tenido lugar el dia 15 de febrero.

—Corren rumores en Inglaterra de que en la Australia han

estallado movimientos insurreccionales con tendencia á declararse independientes aquellos dominios.

—El estado de fuerza del ejército británico en la península Táurica ascendia á principios de febrero á 21,000 combatientes.

—Las tropas turcas no han conseguido aun sofocar la insurreccion de los kurdos, los cuales van interceptando todas las comunicaciones entre Damasco y Bagdad.

—El dia 4 del corriente á las tres de la mañana se hundió bajo el peso de las grandes masas de nieve el tejado de la alhóndiga en Bruselas. Si esto hubiera tenido lugar algunas horas después, hubieran sobrevenido muchas desgracias.

—La municipalidad de Riga, después de otros donativos anteriores, ha puesto últimamente á disposicion del gobierno la cantidad de 50,000 rublos para atender á las necesidades de la guerra.

—Sigue el ejército austriaco del Danubio recibiendo considerables refuerzos, sobre todo de caballería. La Rusia á su vez no se descuida tampoco en reforzar sus fronteras.

—Continúa en Marsella sin interrupcion el embarque de las tropas y material de guerra con destino á la Crimea, con cuyo motivo se halla aquel punto atestado de embarcaciones.

—Escriben de Odessa que en aquellas aguas se han estacionado seis buques de la escuadra combinada, que mantienen un rigorosísimo bloqueo.

—En vista de las circunstancias cada vez mas complicadas, ha resuelto el gobierno de Baviera aumentar el estado de fuerza efectiva de su ejército hasta el número de 70,000 hombres.

—Continúan recibiendo permiso de su gobierno muchos oficiales prusianos para ingresar al servicio de la Rusia. Entre los que últimamente han marchado con este objeto á la Crimea, cuéntase un tal Bock, ventajosamente conocido como escritor militar.

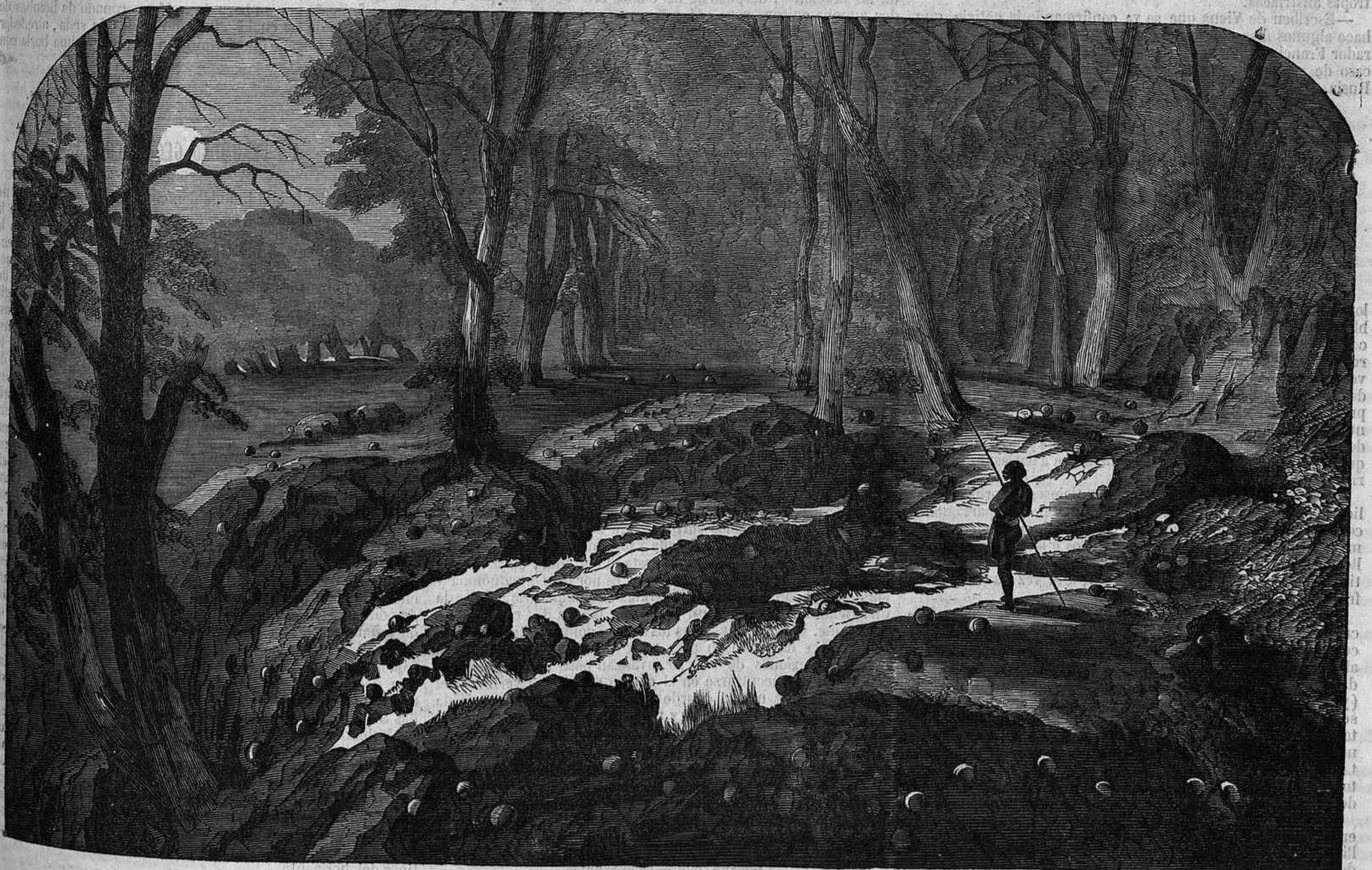
—Han llegado á Constantinopla los oficiales piemonteses, comandanse Morello di Popolo y el capitán conde Revel, para tomar disposiciones relativas al abastecimiento de las tropas que deben llegar allí.

—Descontenta la Puerta hace ya tiempo con su enviado plenipotenciario en París, le ha destituido y reemplazádole Mehemed Bei, hijo mayor de Reschid-Bajá. Parece que no ha sido bien recibido en París este cambio.

—Segun el periódico inglés el *Standard*, debe darse el mando de la escuadra del Báltico para la próxima campaña al almirante Richard Saunders Dundas, segundo lord naval del almirantazgo.

—El seraskier Riza-Bajá ha logrado vindicarse de las acusaciones producidas por Omer-Bajá, de haber descuidado el equipo y suministro del ejército durante los últimos tres meses.

—El Senado de la ciudad libre de Hamburgo ha reemplazado



Fenómeno geológico en las cercanías de Sidney, en Australia.

al difunto burgomaestre Dammer con el doctor Nicolás Binder, senador.

—El duque de Brabante ha emprendido en compañía de su esposa la archiduquesa María un viaje á la Tierra Santa. Los augustos esposos se han embarcado al efecto en Trieste con rumbo para Alejandria, y regresarán por San Juan de Acre.

—El emperador de los franceses ha conferido la cartera de Hacienda á Mr. Magne, ministro de Comercio, Agricultura y Obras públicas, reemplazándole en este cargo Mr. Robuer.

—El gobierno francés ha recibido ya 100,000 libras esterlinas, ó sea la mitad de la cuota acordada por el Parlamento del Canadá á favor de los ejércitos y fuerzas marítimas aliadas.

—La Cámara de los Comunes de Inglaterra ha dado en sesión pública un voto de gracias al general sir Lacy Evans y compañeros de armas, á nombre de la nación.

—El emperador de los franceses ha manifestado hace ya mucho tiempo el deseo de que las cenizas del duque de Reichstadt, hijo de Napoleón I, fuesen trasladadas á París, y se dice que el emperador de Austria lo ha concedido.

—Escriben de Constantinopla que el plenipotenciario británico cerca de la Puerta regresa con su familia á Inglaterra, reemplazándole interinamente en aquel cargo el coronel Rose.

—Desde primeros del último febrero se ha establecido un riguroso bloqueo de los puertos rusos en el mar Negro para impedir el arribo de objetos de contrabando militar.

—Santa Ana ha sido de nuevo unánimemente elegido presidente de la república de Méjico, encontrándose el general Alvarez tantas veces batido á 18 leguas de la capital.

—De Riojaneiro ha partido el día 10 de diciembre una expedición al Paraguay, á fin de efectuar las reclamaciones que hace el Brasil á dicho estado.

—La actitud de la Persia continúa inspirando graves inquietudes, sin que se sepa aun qué sensación ha producido el ultimatum enviado á Teheran por las potencias occidentales.

—Las noticias recientes recibidas de Méjico son muy aflictivas. En Acapulco se había establecido un gobierno con el general Alvarez de presidente. También en Yucatan se esperaba por momentos una revolución.

—Sábase á punto fijo que el esforzado caudillo tscherkés Schamyl no ha muerto, como se dijo; por el contrario, disfruta, para mayor pesadilla de los rusos, de perfecta salud.

—El emperador de Austria para celebrar el feliz alumbramiento de su esposa va á conceder un indulto y algunas gracias al mundo oficial.

—El *Moniteur* francés encarga á los demás diarios políticos la necesidad de ser circunspectos en cuanto á la publicación de noticias relativas á las operaciones en la Crimea.

—Parece que el Austria tiene el proyecto de proponer á la Dieta el nombramiento de un generalísimo federal para cuando se lleve á cabo la medida de poner los contingentes de los diversos estados en campaña.

—Dícese que ha sido llamado á Francia el general Forey, uno de los jefes mas aventajados del ejército francés al frente de Sebastopol, sin que se sepa aun el motivo de tan estraña providencia.

—Han marchado, segun escriben de Varsovia, á la frontera de Austria los generales Labiatzoff y Panintine con sus respectivas divisiones, con objeto de observar los movimientos de las tropas austriacas.

—Escriben de Viena que se va confirmando la noticia que hace algunos dias corre en aquella capital, de que el emperador Francisco José se colocará á la cabeza de su ejército en caso de romper en efecto el Austria las hostilidades con la Rusia.

IMPRESIONES DE VIAJE

DE MADRID A MANILA.

Seis dias en Singapore.

III.

CONTINUACION.

En los dias que hemos dedicado á visitar esta importante colonia hemos procurado estudiar sobre las costumbres del pueblo chino: nos ha parecido esta raza industriosa, trabajadora y con grandes facultades para las artes, y en su trato con los europeos son afables y guardan la mayor deferencia. Pero á la vez hemos visto que la mayoría, ó sean las clases obreras, es desaseada en cuanto á sus personas y hogares, de los que se desprende un olor desagradable: la clase trabajadora va casi desnuda, pues su traje se reduce á una sayuela corta que viste desde la cintura á la rodilla, descubiertos el pie y la cabeza, de la que pende la trenza de pelo que contribuye á darles un aspecto risible y poco simpático.

Son generalmente fanáticos y supersticiosos: la primera cualidad es causa sin duda de las continuas fiestas particulares con que honran á su divinidad, en las que encienden centenares de cerillos encarnados colocándolos á la puerta de la calle y entre la sudeidad de que estas se hallan cubiertas, multitud de lámparas y pebetes olorosos, á la vez que consumen frutas y dulces, carnes, licores y té.

Impulsados por la superstición que los domina, acuden frecuentemente al templo para leer en el libro del destino. En esta ceremonia el sacerdote postrándose hasta cuatro veces ante el altar después de haber alzado en cada una las manos entrelazadas hasta la altura de la cabeza, coge los dos pedazos de madera (ya descritos), los choca violentamente, y arrojándolos al suelo se inclina sobre ellos para observar sin duda alguna circunstancia especial en cuanto á su colocación; y agarrando después un puñado de tablas de las que contiene la cubetilla, de que también hemos hablado, las arroja sobre el altar, las cuenta, y toma una examinando sus signos, que son los que deciden de la buena ó mala estrella del que consulta.

Por lo comun siempre que van á orar al templo, depositan en el altar alguna ofrenda de frutas ó dulces, ó bien una gallina ó ganso, que presentan ya asados y con pevetes encendidos en el pico.

La distracción de la clase obrera consiste en fumar el ópio, para lo cual se reúnen en locales públicos destinados al efecto, en los que se les sirve aquel narcótico vegetal y las pipas para

fumarlo. Consisten estas en un grueso tubo de latón á cuyo extremo posterior hay una bombilla ó recipiente donde colocan el ópio. La pieza destinada á este uso está ennegrecida por el humo y tiene una tarima donde se acuestan los fumadores, que aplicando la bombilla de la pipa á una lámpara de varios mecheros colocada en el centro, hacen arder el narcótico, cuyo denso vapor adormece los sentidos y produce un letargo profundo. Parece imposible que seres racionales puedan entregarse á un vicio que es hediondo hasta por el local en que se practica, impregnado de miasmas pestilentes, y que el gobierno de la colonia, tan previsora y filantrópica, descuide la corrección de una mala costumbre que embrutece el pensamiento, destruye la salud, y hace que el hombre por ella poseído se asemeje á las bestias.

Nos habian recomendado varios compañeros de viaje el local que para una escuela china prepara el gobierno de la colonia, y pasamos á examinarle. Honra verdaderamente á la autoridad la realización de un pensamiento civilizador llevado á cabo con lujo tan ostentoso. No describiremos el edificio, porque teniendo el mismo gusto en su arquitectura y adornos de las pagodas diseñadas antes, sería molestar con una nueva repetición. Solo diremos que el lujo que en él preside, lo espacioso del local, la amplitud del salon destinado á la enseñanza, que mide cincuenta pies de largo por veintidos de ancho, el patio estenso que precede al salon, le sirve de atrio en comunicacion con otros patios interiores, conservará constantemente en un establecimiento la frescura y ventilacion necesaria en un clima abrasador, y mas indispensables aun en el local destinado á la infancia. Hemos observado que tanto los adornos de porcelana como los tallados en piedra y madera estan notablemente mejorados con respecto á los que existen en edificios mas antiguos, lo cual hace que su vista sea mas sorprendente y agradable.

Paseando al oscurecer por aquella ciudad de impresiones vivisimas, tuvimos ocasion de presenciar en parte una de las fiestas particulares que los chinos hacen en su morada al objeto de su adoracion religiosa. A la puerta de una casa de buen aspecto exterior y amueblada con elegancia, vimos porcion de banderas y luces que llamaron nuestra atencion: en virtud de esa franquiza de viajeros que hace accesible la entrada en todas partes, nos acercamos á la de esta casa para ver mas de cerca su salon exterior radiante de luces, olores y perfumado. Parecia pertenecer por su lujo á personas principales, y preguntamos por el dueño para que nos dispensara el permiso de penetrar en la sala: no se hizo esperar, y apareció á nuestra vista un chino de agradable presencia y lujosamente ataviado, que con la cortesania de un francés nos mandó tomar asiento.

Era un salon cuadrado, cuyos lienzos estaban cubiertos de papel pintado que representaba aves de matizados colores: frente á la puerta habia un altar adornado con gusto y poblado de flores, luces y pevetes olorosos, sobre el cual pendia una imagen de Confucio de gran tamaño. Dos mesas cubiertas de mantas ocupaban el centro de la sala, destinadas una á los sacerdotes, y otra para los convidados. Hallábanse cubiertas de carnes asadas, dulces, pasteles, frutas de todas clases, bullo y otros objetos, colocado todo en rica porcelana, y rodeadas ambas de cómodos sillones.

El dueño de la casa se prestó á cuantas esplicaciones fueron necesarias, diciéndonos que era una fiesta costeada por él y en obsequio del Dios, á la que concurrían los sacerdotes para cantar las oraciones, después de las cuales era consumida por todos aquella opipara cena. Al retirarnos, el amable chino nos permitió nuestra salida sin que tomáramos antes una taza de té y alguna copa de vino. Sirviéronse aquel en tacillas de porcelana del tamaño de una nuez gorda, templado y sin azúcar; y al paladear el vino, tuvimos el gusto de saborear un rico Jerez que nos hizo comprender mas aun la delicadeza del obsequio, pues el chino sabia que éramos españoles.

En el soportal de la casa habia tres grandes lámparas transparentes, y á los costados de la entrada dos gallardetes azules con fleco blanco, dos amarillos con fleco azul, uno blanco con fleco encarnado, otro encarnado con fleco blanco, todos de seda, y el estandarte del Dios, bordado de oro y con un largo fleco del mismo metal, semejante segun hemos dicho ya á una manga de parroquia.

La noche estaba destinada á sorpresas, y en otra calle del barrio chino hirió nuestros oídos el estruendo de una orquesta desahogada. Era un baile, y celebramos la feliz casualidad de presenciar otra escena de costumbres.

En un salon cuadrado á cuyo testero se veia el inevitable altar de Confucio, hallábanse porcion de personas de ambos sexos, si bien el hermoso no merecia á nuestra visita tan galante calificación: ocupaban las señoras el costado derecho, y stidas con una larga bata de seda de distintos colores, y sobre ella una chaquetilla algo larga de fino lienzo, en cuya bocamanga lucian ricos bordados ó mejores encajes: el pelo todo recogido y anudado en la parte superior de la cabeza, largos pendientes de pedrería, un lujoso abanico en la mano derecha, y en la izquierda un ramillete de flores. Los hombres vestian ancho pantalon azul y sobre él cami-eta blanca.

La orquesta, que se componia de un redoblante, una flauta, tres bajos y un inmenso *batintin* que hacian resonar con una manta forrada de tela encarnada y formaba un estruendo atornador, hallábase colocada á un costado del altar, cuyas inmediaciones estaban francas. La danza es por demas monótona y lánguida: bailan tres parejas divididas en dos alas, de las que la una tiene dos señoras y un hombre y la otra dos caballeros y una dama. Cantando, alzados los brazos como en nuestro baile nacional, y haciendo un paso muy menudo acompañado de ligeras inflexiones de cuerpo, avanzan poco á poco en linea recta, hasta encontrarse en el centro de la sala: verificado el encuentro, lanzan una acorde exclamacion, dan una rápida vuelta sobre la punta del pié, y retroceden por el mismo camino á su primera posicion con iguales ánticos y movimientos.

Cansados de la monotonía de aquella danza que se repetia incesantemente por nuevas parejas, abandonamos el local, regresando á la fragata para dar algun reposo á nuestro fatigado cuerpo.

IV.

TEMPLO DE BRACMA.—CEREMONIAS RELIGIOSAS.—LA CASA DEL GOBERNADOR.—CEMENTERIOS.

Entre las diferentes familias humanas que han asentado su domicilio en la colonia de Singapore, ocupa un puesto notable

la raza *Indostana* compuesta de los nacidos en las costas de Vengala y Malavar; la belleza de sus facciones oriundas de la casta *cav asiuna*, aunque de color profundamente cobrizo, sus rasgados ojos de límpida y penetrante mirada, su airoso cuerpo, su cabello negro, rizado y sedoso, la agilidad en fin de sus movimientos y la inteligencia que se vislumbra en su anchura frente, hacen que la presencia de estos hombres sea agradable y simpática.

Una de las impresiones mas fuertes que hemos sentido en el viaje ha sido la producida por el aspecto del templo en que los indostanes celebran sus misterios religiosos. Es aquel de grandes dimensiones, y en su construccion se observa la originalidad de participar de la tosca sencillez de un pueblo salvaje y la simetría y adorno de un edificio regular en su forma. Alzase en su entrada una elevadísima torre de cinco cuerpos, original en su conjunto por el vivo contraste que forman sus detalles.

Es de figura rectangular, y va estrechando en cada uno de sus cuerpos hacia la parte superior: el primero le forma un muro de piedra almohadillado, interrumpido por un espacioso hueco rectangular jambado que sirve de entrada y que termina en una cornisa adornada con una faja de centellones. Descansa en aquella el segundo cuerpo de menor altura, formado por un lienzo de piedra con hueco en el centro, flanqueado por dos columnas que sostienen el cornisamiento que le cierra; descansan sobre este otras dos perpendiculares á las ya citadas, que llegan hasta la cornisa de este cuerpo: en el espacio que media entre las dos columnas de cada costado del hueco y los ángulos de la torre, levántanse otras dos columnas en cada lado que llegan hasta el tercio superior de este cuerpo.

El tercero es idéntico al que acabamos de mencionar, lo mismo que el cuarto, sin otra diferencia que la de tener el tercero delante del hueco una especie de roseton parecido á una bomba, y en el cuarto termina este mismo roseton en tres hojas de palma, y corre por la circunferencia de aquel una greca.

El quinto cuerpo de esta torre singular puede asegurarse que es verdaderamente del género salvaje; sobre el cornisamiento del inferior descansa un tambor colocado horizontalmente y cubierto de escamas con un roseton semejante á los anteriores, pero que tiene en el centro un mascarón con dos alas: de los lados del tambor salen seis remates puntiagudos, coronado todo por una crestería de cinco piezas que parecen otras tantas bombas. Hay de singular tambien en esta torre que su espesor es desproporcionado á su altura por lo reducido que le hace parecer mas bien que hueco un cuerpo aplastado.

La planta interior del templo está reducida á un pequeño pórtico que ocupa solo el espacio de la torre; un patio cuadrilongo cubierto por una ligera armadura que sostiene en dos filas de pilastras que hacen las veces de atrio, al que se entra por un arco apuntado y dos en medio punto; á continuacion un pequeño tránsito descubierta y un sencillo vestibulo sostenido por pilastras, en el que hay tres huecos rectangulares figurados y dentro de ellos otros tantos arcos de medio punto que sirven de entradas. El templo es un aposento cuadrilongo cuyo lienzo interior está interrumpido por tres puertas que comunican con otros tantos apartamientos: cubierto el techo de enladrillado grosero, el pavimento enladrillado, y el espacio que dejan los huecos en los lienzos, manchados de pinturas negras groseras y raras figuras: sobre la entrada central de este aposento hay una lámpara formada por un haro de azófar coronado de bombas de papel, debajo de las cuales cuelgan caireles de seda, alrededor de un remate estraño que termina en una larguísima borla con variados colores.

(Continuará.)

E. DE VIVES.

UN FENÓMENO GEOLÓGICO.

La Australia oculta indudablemente en sus comarcas, no exploradas aun, muchos prodigios, de los cuales no tiene la ciencia todavia noticia alguna. Descuella allí doquiera en la naturaleza del pais el carácter primitivo, ó el de la adolescencia, permitasenos esta frase; bien entendido que con esto queremos significar un estado de cosas en que prevalece el sello de la imperfeccion, y no la falta de lozanía y belleza. La zoología ha descubierto en aquella remota region una coleccion bastante numerosa de animales no conocidos aun y de una construccion enteramente estraña; la botánica encuentra allí la flora casi en el periodo del desarrollo de la tierra, es decir, de aquel tiempo en que nuestros carbonos minerales eran aun árboles, y en fin, la geognosia tropeza con formas muy originales; lo que prueba hasta la suficiencia la inmensa riqueza de las minas auríferas de aquel pais. Por lo pronto tiene empero que contentarse con una maravilla de inferior importancia, á saber: el paisaje que representa la adjunta lámina, paisaje que el viajero á quien se debe su ejecucion califica como un fenómeno el mas admirable y á la vez mas misterioso que jamás se ha descubierto en el campo de la geología. El sitio se halla á unas cuantas millas de Sidney. Encuéntrase aquí rios con hendiduras tremendas, y moles sueltas de penascos, como si el fueso de artillería de grueso calibre los hubiera hecho saltar. Hay mas: hasta se divisan tendidos por allí trozos de Peña que por su forma esférica vienen á parecerse á balas de cañon del calibre de 48. Son de color rojizo y veteados de blanco, habiendo muchas de ellas que estan fuertemente encajadas en las masas de granito hasta su mitad, lo que prueba que deben haber venido á parar allí cuando estas no tendrian aun la consistencia de ahora. Otras de estas balas hay clavadas dentro de las grietas y hendiduras de la Peña, como si estas hubieran sido abiertas por ellas. Al pié de este muro péñascoso que presenta este fenómeno de la naturaleza, corre un rio de aguas muy cristalinas, como á 260 pies de profundidad. El conjunto viene á parecerse á una colosal é inespugnable ciudadela natural. Por el lado opuesto de dicho rio se estiende un ancho y prolongado valle, ofreciendo sus dos laderas ó faldas un aspecto muy pintoresco, hasta que descendiendo poco á poco en suave pendiente se pierden sus estribos en la azulada línea del horizonte.

ANALES BIOGRAFICOS.

MENSCHIKOFF.

VI.

Encuentro de los hijos de Menschikoff con los de Dolgorouky igualmente desterrados.—La familia de Menschikoff es indultada y llamada otra vez a Rusia.—Vuelve a entrar en favor con la Czarina, quien le devuelve una parte de sus bienes.—Conclusion.

No se engañaba la joven. El pretendido paisano era el príncipe Dolgorouky, quien la había reconocido, y que creyendo también que ella le había reconocido, sospechó que la primera solo se había separado un poco del camino por evitar toda conversación con el autor de las desgracias de toda su familia. Llamóla sin embargo por su nombre, y ella sorprendida de oírse llamar así en semejante lugar, volvió atrás, observó á Dolgorouky, y no reconociéndole á pesar de todo, quiso continuar su camino.

—¿Por qué huís de mí, princesa? exclamó Dolgorouky. ¿Debe conservarse la enemistad en el paraje y en el estado en que nos encontramos?

Estas palabras escitaron la curiosidad de la joven princesa, que se aproximó al pretendido paisano.

—¿Quién eres, le preguntó, y qué razón puedo yo tener para odiarte?

—¿No me conoces? replicó el paisano?

—No, respondió la princesa.

—Soy el príncipe Dolgorouky.

Sorprendida, admirada al oír este nombre, se aproximó al instante á la cabaña.

—Efectivamente, dijo, es él! ¿Desde cuándo y por qué ofensas á Dios y al Czar estás aquí?

—No se trata del Czar, respondió Dolgorouky. Ha muerto ocho días después de haberse desposado con mi hija que allí la tienes moribunda, tendida sobre un banco. Pareces sorprendida. ¿Ignoras pues todas estas particularidades?

—Hum! ¿Cómo, respondió la princesa de Menschikoff, cómo quieres que en medio de estos desiertos donde no se nos deja comunicación con nadie, estemos enterados de lo que pasa tan lejos de nosotros?

—Sí, prosiguió Dolgorouky, Pedro II ha muerto. Su trono está ocupado hoy por una mujer á quien nosotros hemos colocado en él contra las leyes del Estado, y por la única razón de que creyéndola en un todo de otro carácter, nos prometíamos vivir bajo su reinado mas felices que bajo los de sus predecesores y de los verdaderos herederos de la corona. Pero ¡cómo nos engañamos! Apenas coronada, hemos encontrado en ella solo un monstruo de crueldad. Con el fin de afirmar su poder, nos ha desterrado atribuyéndonos crímenes imaginarios, esperando sin duda que no soportaríamos los rigores de nuestra suerte. Durante todo el viaje se nos ha tratado como á los mas infames malvados, se nos ha dejado carecer de lo necesario, y aun carecemos de ello. He perdido á mi mujer en el camino, y mi hija se muere; mas espero á pesar de la miseria en que estoy, vivir bastante tiempo para ver á su vez en este lugar á aquella mujer, á aquel monstruo que sacrifica las mas ilustres familias de la Rusia á la ambición y á la avaricia de tres ó cuatro bribones extranjeros, sus amantes y sus cómplices.

Cuando la princesa Menschikoff vió que Dolgorouky se enfurecía de aquella manera, que ni le dejaba conocerse ni ser dueño de si mismo, se retiró prontamente y se fué á su casa. Allí, en presencia de su hermano y del oficial de la guardia en quien confiaba, refirió el increíble encuentro que acababa de tener y las extrañas noticias que había sabido.

El joven Menschikoff, siempre animado de un espíritu de venganza contra los Dolgorouky, escuchó con sumo placer la relación de los reveses experimentados por sus enemigos, censuró á su hermana porque había huido con tanta precipitación en vez de permanecer allí mas tiempo á fin de adquirir de él mas noticias y escupirle en seguida en el rostro (1) como merecía; y añadió en el calor de su discurso que no saldría Dolgorouky tan bien librado como se le presentase la ocasión de encontrarle. Este arrebato le valió una reprimenda de parte del oficial que le guardaba.

—Acordáos, le dijo, de los sentimientos que llenaban el alma de vuestro padre. No cesó de predicaros el olvido de las injurias; y le habéis jurado sobre su lecho mortuario que perdonaríais á vuestros enemigos: no falseis pues á vuestro juramento. Por otra parte, añadió, si perseverais en vuestros designios de venganza, me obligareis á quitaros la libertad que os he dado.

Poco tiempo después de aquel encuentro, fué cuando la Czarina Ana Ivanowna, compadeciéndose de las desgracias y la inocencia de aquellos dos jóvenes, les concedió completo y entero perdón. Apenas supieron esta feliz noticia los desterrados, corrieron á la iglesia de Iakoutska para elevar su alma á Dios y dar gracias á la Providencia.

Al regresar de la iglesia vieron á Dolgorouky, pero hicieron como si no lo hubieran visto. Esté les suplicó que tuviesen á bien detenerse un instante.

—Puesto que se os concede una libertad que á mí se me niega, les dijo, aproximáos y consolémonos unos á otros con la conformidad de nuestra suerte y con la mútua relación de nuestras desgracias.

Aproximóse; en efecto el joven príncipe y le respondió:

Confieso que aun conservaba rencor contra tí; pero al verte en un estado tan miserable, siento que se extingue en mí con razón todo sentimiento de odio, y te perdono como te ha perdonado mi padre. Tal vez somos deudores de nuestra libertad y

(1) Esta expresión tan injuriosa es muy comun entre los rusos, aun los mas calificadas, para manifestar el desprecio que ciertas personas les merecen.

de nuestro llamamiento á la corte al sacrificio que él hizo á Dios de sus penas.

—¿Teneis pues permiso para volver á ella? preguntó el príncipe Dolgorouky asombradísimo y lanzando un suspiro.

—Sí, respondió Menschikoff, y para que no se nos acuse como de un crimen por la conversación que hemos tenido contigo, no llevarás á mal que nos retiremos.

—¿Cuándo marchais? repuso Dolgorouky.

—Mañana, dijo Menschikoff, acompañados de un oficial que al traernos nuestro perdón nos ha traído también para que regresemos carruajes un poco mas cómodos que aquellos en que hemos venido.

—Adios pues, replicó Dolgorouky; olvidad todos los motivos de enemistad que contra mí podais tener; pensad alguna vez en los desgraciados que aquí dejais y que no volveréis á ver. Privados de todo lo necesario para la vida, comenzamos á sucumbir bajo el peso de nuestra miseria. En nada exagero, y si dudais, mirad á mi hijo, á mi hija y á mi nuera tendidos sobre tablas y agobiados por enfermedades que no les dejan fuerzas para levantarse. No les neguéis el consuelo de vuestra despedida.

Menschikoff y su hermana no pudieron ver aquel triste espectáculo sin conmoverse: dijeron á Dolgorouky que no podían sin hacerse criminales hablar en su favor en el país adonde iban, pero que le procurarían en el que abandonaban cuanto auxilio podían, donándole la habitación que su padre y ellos habían establecido.

—Es cómoda, dijeron, y está bien provista de bestias, aves domésticas y otras provisiones que nos han enviado amigos desconocidos. Recibido todo de tan buena voluntad como os lo damos: mañana puedes ya tomar posesión, porque nosotros marchamos muy de madrugada.

Efectivamente, al día siguiente temprano se pusieron en camino para Tobolsk, capital de la Siberia. Nada digno de contarse les sucedió en el camino: conservaron sus vestidos de paisanos (4) desde Iakoutska á Tobolsk. Costó trabajo reconocerles en Moscú: tan cambiados estaban (2).

Recibióles la Czarina con demostraciones de placer y de bondad: llevó á su lado á la princesa de Menschikoff en calidad de dama de honor, y la casó en seguida con M. Biron, hijo del gran Chambelan de Rusia y después duque de Curlandia.

En el inventario de los bienes y papeles del difunto príncipe de Menschikoff, se supo que tenia sumas considerables en los bancos de Amsterdam y Venecia. El ministerio ruso había hecho muchas tentativas para sacar estas sumas; pero los directores de los bancos invariablemente adheridos á los usos de su país, se negaron siempre á desprenderse del dinero perteneciente al príncipe de Menschikoff hasta que estuviesen seguros de que el príncipe ó sus herederos estaban en libertad y eran dueños de disponer de él. Se pretende que aquel dinero cuya suma ascendía á mas de quinientos rublos, sirvió de dote á madama Biron, y que á esta circunstancia debió el joven príncipe de Menschikoff la plaza de capitán teniente de la guardia de la Czarina. Se le restituyó por otra parte la quinta parte de los bienes que su padre poseía en posesiones territoriales.

No solo á M. de Villebois, sino á M. Th. Haller, son debidas las noticias de que constan estas memorias.

ANALES GEOGRAFICOS.

LAS RUINAS DE MANKUP KALEH.

Entre los muchos puntos notables que tiene la montaña de la parte Sud en la península Táurica, es ciertamente uno de los mas hermosos el antiguo castillo de Mankup Kaleh, situado entre Baktschisarai y Balaklava. Perteneció á las ruinas de su clase mas grandiosas que se conocen en el mundo, dominan, la altura, sobre la cual construyeron en tiempos remotos los genoveses el castillo todos los valles y hondonadas de su alrededor. Mankup, ó Mangub Kaleh ocupa la cresta de una montaña de forma semicircular, de una elevación de cerca de 1,800 pies, no muy distante del desfiladero de Schulu-Tscherkes-Kirwan á dos leguas al Este de Inkerman. La vía que conduce al castillo convertido en ruinas, es una escalera muy pendiente y con muchas vueltas. Los restos de la antigua fortaleza consisten en dilatadas y lóbregas cuevas, y en galerías abiertas unas á través de la Peña, y otras pendientes de ella. La vista que se abre desde la mas elevada cúspide, en la cual vienen á veces las nubes aglomerándose, es en toda la extensión de la palabra imponente y aun estremecedora; las águilas y los buitres que vuelan en la región baja de la montaña parecen golondrinas. En lontananza se descubren confusamente escabrosas y erizadas peñas casi sin vegetación alguna, y valles sombríos de los cuales se destaca por decirlo así de vez en cuando un puntito blanco que es alguna aldea tártara. Al Este se presenta cual una colosal tienda de campaña el Tschatirdagh cubierto en su mayor parte de espesos bosques. En la parte Oeste se distingue una llanura con suaves ondulaciones: en campos perfectamente cultivados, descollando doquiera bonitas aldeas, una multitud de caseríos y granjas. Por último, al Sud se ve el siempre enerespado Ponto Euxino debajo de la loma de peñascos, la cual partiendo de la bahía de Balaklava corre hasta el delicioso Alupka, y desde allí has-

(1) La princesa Menschikoff, después madama Biron, conservó mucho tiempo con el mayor cuidado aquel traje en el fondo de un magnífico cofre, visitándolo una vez á la semana.

(2) No era posible casi reconocerlos tauto al joven como á la joven, porque habian crecido cerca de medio pie, y sus facciones habian cambiado á proporcion de su estatura. Su carácter no habia experimentado menor cambio. Antes de su infortunio eran vnos é imperiosos, y dudó que después se pudieran encontrar personas de mas afabilidad y modestia.

ta Alutscha, vista verdaderamente asombrosa. Esta encumbra cima puede muy bien pasar como residencia predilecta del señor de los vientos, al cual suponen los supersticiosos tártaros morando en una de las cavernas de Mankup Kaleh.

ANALES EPISODICOS.

PETCHORINE, Ó UN HÉROE CONTEMPORÁNEO.—ESCENAS DE LA VIDA RUSA EN EL CÁUCASO, POR MIGUEL LERMONTOFF.

(Continuacion.)

Entré una mañana donde ellos habitaban (me parece que aun estoy viendo á Bela delante de mí, sentada en el sofá, vestida de seda negra, tan pálida y triste, que me estremecí.) ¿Dónde está Petchorine? pregunté á la joven.

—Ha ido á caza.

—¿Tan temprano ha marchado esta mañana?

—Guardó Bela silencio como si le fuera doloroso responder.

—No, dijo al fin con un suspiro, marchó ayer.

—Espero que no le habrá sucedido ningun accidente desgraciado.

—Ayer todo el día he tenido ese pensamiento, replicó la joven llorando é imaginando toda clase de desgracias. Unas veces me figuraba que le habia herido un jabalí; otras que los Tchetchenes le habian llevado á sus montañas; pero hoy me parece que ya no me ama.

—En verdad, amiga mia, que no podríais inventar una cosa peor.

Púsose á llorar Bela; y después levantando la cabeza con noble orgullo enjugó sus lágrimas y dijo:

—Si no me ama, ¿qué es lo que le impide enviarme otra vez á mi aldea? Yo no le obligo á que me guarde; pero si continúa conduciéndose así, me marcharé yo sola. Soy hija de un príncipe.

Traté de calmarla.

—Mirad, Bela, le dije, que no ha de estar siempre á vuestro lado como un niño. Es un joven que se complace en cazar jabalíes. Va y vuelve; pero si os poneis triste tal vez llegue á cansarse realmente de vos.

—Es verdad, es verdad, dijo, voy á estar alegre.

Y echándose á reír tomó su tamboril y comenzó á bailar en derredor de mí; pero de repente se dejó caer sobre el sofá y ocultó el rostro entre las manos.

—¿Qué hacer? Habeis de saber que yo nunca he vivido mucho en compañía de las damas. Buscaba los medios de consolarla, pero nada encontraba que decirle, y permanecimos así durante algun tiempo ambos á dos silenciosos. Era una situación insoportable.

Al fin le dije:

—¿Quereis dar un paseo conmigo por la muralla? El tiempo está hermoso.

Estábamos en setiembre, y el día estaba verdaderamente admirable, aunque demasiado caliente. Se veían las montañas como si estuvieran pintadas ó cual si fueran de porcelana.

Salimos y nos paseamos silenciosos por la muralla. Finalmente, Bela, se sentó sobre la yerba y yo á su lado.

Esto en verdad me parece muy ridículo al presente. Yo la seguía como una niñera á su señora.

Nuestra fortaleza estaba situada sobre una altura rodeada de un paisaje magnífico. Por un lado una vasta llanura cortada de barrancos se extendía hasta la floresta que vestía la montaña desde la base hasta la cumbre. Aquí y allí se veía elevarse el humo en torbellinos por encima de las aldeas circasianas y de los rebaños que pastaban en las montañas; por el otro lado atravesaba el valle un riachuelo, bullendo entre los matorrales que cubren las peñascosas colinas, primeras bases de la principal cadena del Cáucaso. Estábamos á la estremidad del bastión, de modo que podíamos ver á la vez los dos lados.

De repente percibí que salía de entre los árboles de la floresta un sujeto montado sobre un caballo tordo.

Se aproxima, se detiene á unos trescientos metros, y comienza á hacer cacolear á su caballo delante de nosotros.

—¿Quién diablos es ese? dije. Mirad, Bela, mirad vos que teneis mejor ojos que yo. ¿Quién es ese Dchigeta? Parece que quiere divertirte.

Volvió Bela los ojos hácia el montañés, y exclamó:

—¿Es Kasbitch!

—¿Condenado bribon! ¿viene á insultarnos?

Miré mas atentamente, y reconocí en efecto á Kasbitch con sus facciones tostadas y sus vestidos desharapados como siempre.

—Y monta el caballo de mi padre, dijo, Bela cogiéndome de la mano y comenzando á temblar como una hoja: sus ojos lanzaban relámpagos.

—Hola! h! pensé; hasta en vuestras venas, querida, corre sangre de bandido.

—Ven aquí! dije al centinela. Vamos á ver, quitame de allí aquel picaro. Cuenta con un rublo de plata si lo atrapas.

—Com agrada á vuestro honor; pero no está quieto.

—Pues bien; mandale que se detenga, dije sonriendo.

—Hola! amigo, gritó el soldado haciéndole señas con su fusil; estaos quieto un instante; ¿por qué girais así como un peon?

—Detívose Kasbitch y escuchó. Pensaba probablemente que íbamos á entrar en conversacion con él. Hubiera sido bien hecho.

El granadero apuntó, tiró y erró. Kasbitch dió un espolazo á su caballo, que dió un salto de la to: después enderezándose sobre sus estribos, nos dijo no sé qué cosa, levantó su látigo con aire amenazador y desapareció.

—No te da vergüenza? le dije al soldado.

—Oh! no se nos escapará vuestro honor, respondió; pero no podemos matar esos hombres así del primer golpe.

Unos quince minutos después de esta escena volvía Petchorine de caza. Lanzóse Bela á su cuello sin quejarse, sin hacerle el menor reproche por su larga ausencia. Yo estaba sumamente irritado contra él.

—Escuchadme, le dije. Solo hace un momento que estaba ahí Kasbitch al otro lado del río. Hemos disparado sobre él. Hubiera podido suceder fácilmente que os hubiese encontrado. Estos montañeses son vengativos como diablos; ¿y pensáis que no ha adivinado que habeis sido cómplice de Asamat en el robo de su caballo? Apuesto cuanto se quiera á que hoy ha reconocido á Bela. Sé que estaba apasionadamente enamorado de ella el año pasado: él mismo me lo ha dicho, y tenía intencion de pedirla en matrimonio en el momento en que hubiera reunido para ella una cantidad de bienes digna de serle presentada.

—Petchorine se habia quedado pensativo.

—Sí, replicó: es preciso que seamos mas prudentes. Desde hoy, Bela, ya no podreis pasear sobre las murallas.

Aquella tarde misma tuve una larga conversacion con él.

Estaba yo incomodado de ver que se conducía tan mal con la pobre jóven; porque no solo pasaba la mitad de su tiempo en la caza, sino que tambien se habia hecho mas indiferente. Comenzaba Bela á palidecer, y sus grandes ojos estaban velados. Cuántas veces le pregunté:

—¿Por qué suspirais, Bela? ¿Estais triste?

—No.

—¿Deseais algo?

—No.

—¿Echais de menos á vuestros parientes?

de muchos y que yo mismo soy muy desgraciado. Es sin duda este un mal consuelo, consuelo necio; y en efecto, poco importa que yo sea lo que quiera. Desde los primeros dias de mi adolescencia, en el momento que dejé de estar bajo la autoridad de mis padres, me entregué apasionadamente á todos los goces que se pueden adquirir con el dinero, y natural-

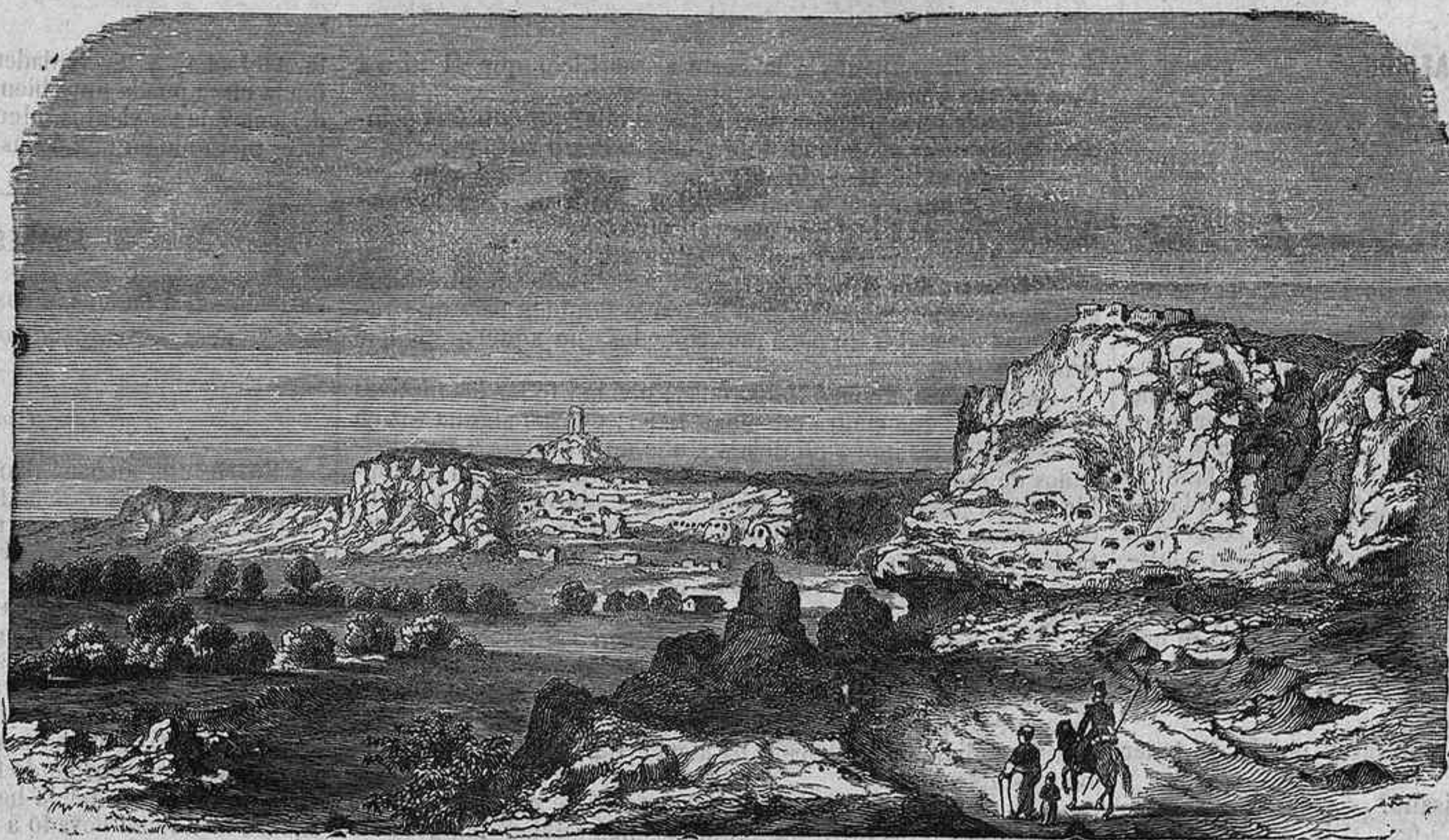
la época mas feliz de mi vida. Esperaba que el fastidio no podría existir bajo las balas de los Tchetchenas. ¡Ay! al cabo de un mes me habia acostumbrado á sus silbidos y á la proximidad de la muerte, no cuidándome mas de ella en realidad que del zumbido de un cínife. Me encontré tan aislado como en un desierto, y perdí casi mi última esperanza. Pero cuando vi la primera vez á Bela en mi morada;

cuando por la primera vez besé sus cabellos negros como las alas del cuervo, creí ¡loco de mí! que era un ángel enviado hácia mí por alguna hada compasiva. De nuevo me engañé. El amor de una salvaje no es mucho mas precioso, no vale mucho mas que el de una gran señora. La ignorancia y la sencillez de corazón de la circasiana son tan fastidiosas como las coquetterías y los artificios de las damas de la corte. Sin embargo la amo todavía: le estoy agradecido y pronto á sacrificar mi vida por ella; pero me cansa.

—¿Soy un loco? ¿Soy un miserable? Lo ignoro. Pero seguramente soy tan digno de compasion como ella, tal vez mas. Mi alma ha sido corrompida por el mundo; mi imaginacion no conoce el reposo; mi corazón es insaciable. Nada podrá contentarme nunca. Tan fácilmente me acostumbro al pesar como al placer: mi vida cada dia se encuentra mas vacía, mas exhausta de ilusiones. Solo una cosa me queda que ensayar, los viajes. En el momento que me sea posible partiré; pero no para Europa. Dios me libre de tal cosa. Iré á América, á Arabia, á las Indias. Tal vez encontraré la muerte en el camino: á lo menos estoy convencido de que con el socorro de las tempestades y de los malos caminos no se hará esperar mucho tiempo.

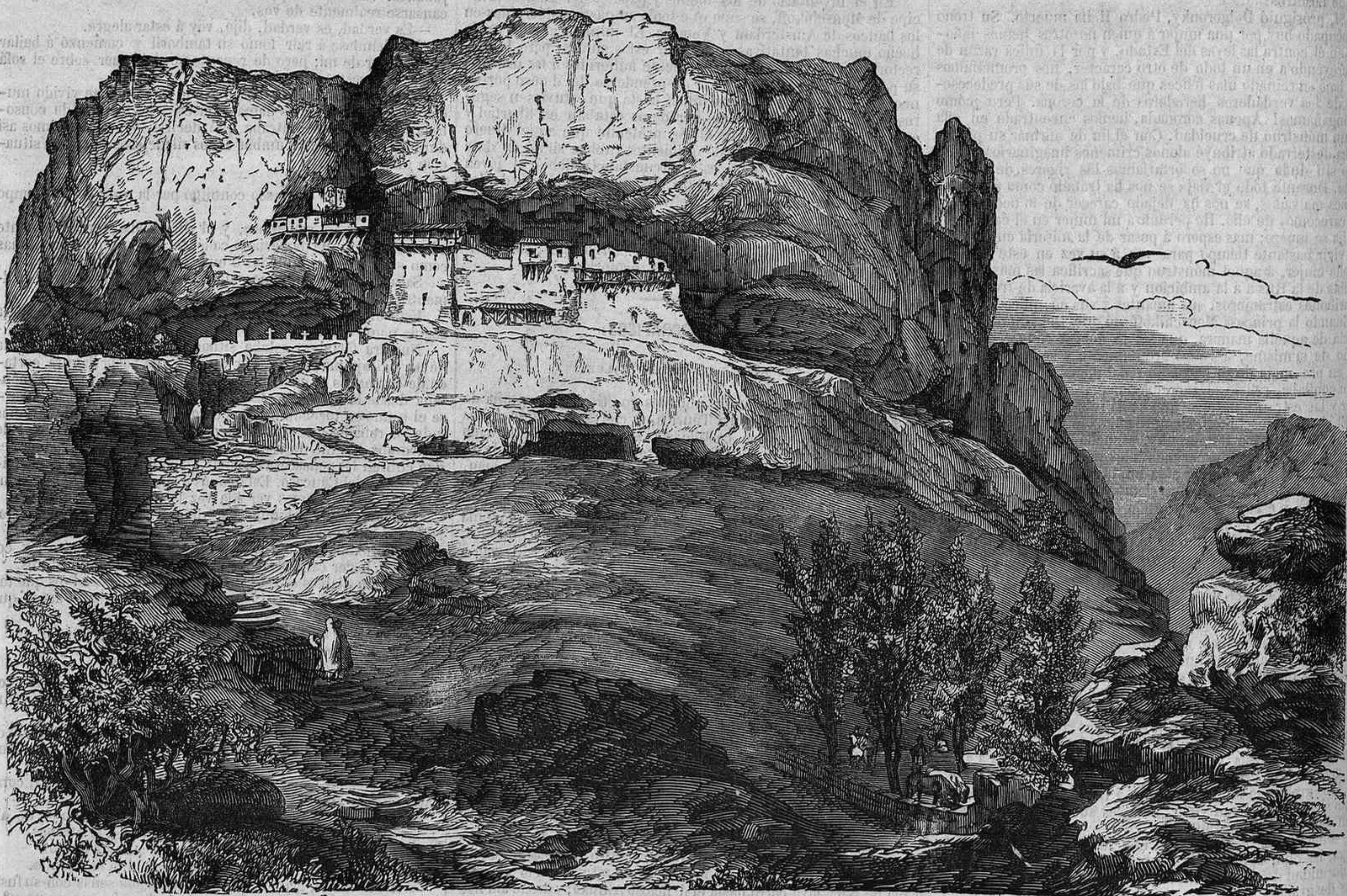
Habló así Petchorine, y sus palabras se gravaron profundamente en mi memoria.

Era la primera vez que oia semejante lenguaje á un jóven.



Inkerman: ciudad de cuevas en la Crimea.

mente al poco tiempo me cansaron. Lancéme entonces en el torbellino de la sociedad de San Petersburgo; pero tampoco tardó la sociedad en perder sus encantos para mí, y llegó á fastidiarme. Me enamoré de algunas bellezas aristocráticas, y fui correspondido; pero su amor no consiguió otra cosa que lisonjear mi imaginacion y mi vanidad: mi corazón continuó vacío. Dedicuéme á leer, á estudiar; pero tambien me cansé



Las ruinas del castillo de Mankup-Kaleh en el Sud de la Crimea.

—No tengo parientes.

En mucho tiempo no pude sacar de ella otras respuestas que si y no. Todo se lo dije á Petchorine.

—Escuchadme, Máximo Maximitch, replicó. Tengo un carácter desgraciado. ¿Lo debo á la naturaleza ó á la educación? Lo ignoro. Lo único que sé es que soy la causa de la desgracia

al instante, porque vi que la ciencia no me daría ni fama ni felicidad, puesto que los hombres menos instruidos son los mas felices, y que la fama no es otra cosa que un golpe de suerte que puede atraerlo la destreza. Todo se me hizo fastidioso.

Entonces fué cuando me mandaron al Cáucaso, y esta fué

de veinticinco años, y espero que Dios no permitirá que vuelva á oírle otra.

—¿Es una cosa curiosa! Decidme, caballero, continuó el capitán dirigiéndose á mí, vos que tambien habeis habitado en la capital y que hace poco que la habeis dejado, ¿podreis decirme si son todos los jóvenes como este?



Sorpresa á las obras avanzadas de la batería inglesa del Cerro verde, verificada por los rusos en la noche del 20 de diciembre.

—Respondí que habia en ella muchas personas que espresaban los mismos sentimientos, y que entre ellas algunas decian sin duda la verdad; pero añadí que el disgusto de la vida habia pasado como todas las demás modas de las clases superiores de la sociedad ó las inferiores, qué eran las que actualmente hacian alarde de ese sentimiento, y que al presente los

—No, respondí: son los ingleses.
—¡Ah! replicó. ¡Ved ahí pues! eso procede de que son los mas grandes borrachos de la tierra.
Recordé involuntariamente á una señora de Moscou que me habia asegurado que Byron era un borracho y que sus poesias olian á aguardiente. Pero la advertencia del capitán se es-

que no habia venido sin objeto, y que nos reservaba alguna fechoria.
Persuadíome Petchorine á que fuese á cazar un dia con él: habia descubierto la pista de un jabali. Resistíme durante mucho tiempo, porque ¿qué me importaban los jabales? Sin embargo, consiguió llevarme.



Obreros irlandeses con destino á los trabajos del proyectado camino de hierro de Balaklava.

que en realidad se sentian mas fastidiados y mas disgustados, ocultaban esa desgracia como un vicio. El capitán no comprendió estas sutilezas: sacudió la cabeza, y sonrió con aire fino y malicioso.
—¿No son los franceses los que introdujeron la moda de estragarse con el abuso de la bebida?

plicaba mas fácilmente. Era un hombre morigerado, y para abstenerse mas fácilmente del vino trataba de persuadirse de que todos los males de este mundo provenian de la embriaguez. Sin embargo continuó su relato.
—Desapareció Kasbitch sin dejar rastro ni huella. Sin embargo, no sé por qué no podia yo desembarazarme de la idea de

Tomamos cinco hombres con nosotros y partimos muy de madrugada. Hasta las diez escudriñamos los matorrales á lo largo del riachuelo y la selva por el costado de la montaña. El jabali no parecia.
—Volvámonos al fuerte, dije: ¿por qué obstinaros hoy? Claro es que no estamos de suerte.

EL CAMINO DE HIERRO DE BALAKLAVA.

Al calificar Napoleon de loco al ingeniero que por primera vez le habló de la aplicación del vapor como fuerza motriz, no pensaría a buen seguro ni remotamente en la posibilidad de que algún día había de constituir este poderoso agente un factor principal de la estrategia; y hé aquí, que apenas han transcurrido cuarenta años y el vapor halla una grande aplicación á las operaciones de la guerra. En vapores fueron conducidos los ejércitos de las potencias occidentales á la Crimea; vagones arrastrados por el vapor han de trasportar los de hoy mas de Balaklava á Sebastopol, pues muy pocas semanas pasarán, y la base de operacion de los ingleses quedará unida mediante una vía férrea con los campamentos y las trincheras, y el trabajo del transporte de tropas, piezas de artillería de grueso calibre, municiones de boca y guerra etc. que hasta ahora requería días y semanas, quedará reducido á minutos.

En la primera quincena de enero abandonó las aguas del Cáucaso una cuadrilla de 200 obreros contratados por los empresarios (los señores *Pelo* y *Bett*) para acometer los trabajos necesarios para el definitivo establecimiento de la mencionada vía, y en la tercera semana del propio mes siguió otra tanda de trabajadores perfectamente provistos con todo lo necesario. En otro buque que partió antes iba un grande acopio de material, como barras, carriles, traviesas, chapas, tornillos etc., y para fines de febrero se cree recorrerán ya las locomotoras el nuevo ferrocarril.

Los *navies*, es el nombre de estos obreros en lenguaje vulgar, son todos mozos escogidos, jóvenes y fornidos, y su equipo es bajo todos los conceptos excelente. Además del salario y raciones recibe cada uno las prendas de vestuario necesarias para poder trabajar, haga el tiempo que quiera. Sobre la camisa rayada de algodón llevan otra de fuerte franela encarnada; el pantalón es de cuero forrado enteramente con la misma tela que acabamos de mencionar: excelentes medias de lana y botas de doble suela de las llamadas *anklejacks* cubren los pies. La chaqueta es igualmente de badana, y como capote llevan un *peajaket*, es decir, una levita de un tupido y fuerte bayeton, como la gastan los marineros. Otros hay que llevan una especie de blusas de bayeta blanca denominadas *smocks*. Para llevar á cabo los trabajos en terrenos cenagosos y en agua tiene cada individuo un par de botas de baqueta como las de montar. La cabeza la tienen de ordinario cubierta con una gorra encarnada sin visera. Para el tiempo de las lluvias ha puesto el gobierno á disposición de cada trabajador un traje enteramente ajustado al cuerpo, confeccionado de cantchue, así como un *sudvester*, ó sea una gorra de marino de forma de capote con una cogotera muy larga. Como estos individuos han de trabajar también en las trincheras, seran armados con un grande machete y revolvers, ó sean pistolas de las llamadas giratorias.

Al salir el último transporte de esta gente embarcada abordo del vapor *Hesperus*, acudió al Brunswick Pier una grande muchedumbre de espectadores para presenciar el acto de embarcarla, y ver después partir á esta nueva expedición.

ANALES GEOGRAFICOS.

TIFLIS.

La dimision definitiva del príncipe de Woronzoff del mando superior de las provincias rusas en el Transcaucaso nos trae sin querer á la memoria á Tiflis, su habitual residencia y capital de la Georgia ó Grusia. Es la ciudad mas importante en todo el Cáucaso, situada en la margen izquierda del Kur (el Kiro de los antiguos), á 1,100 piés sobre el nivel del mar, á 391 leguas de San Petersburgo y á los 43° 56' longitud Este y 41° 4' latitud N. Los alrededores presentan con sus colinas cubiertas de viñedos, con las dilatadas huertas y hermosos parques, una vista deliciosa. Tiene un muro de recinto, con torres, baluartes y parapetos; se compone de ciudad vieja y nueva, grandes establecimientos de baños públicos que ocupan bastante terreno, cuyas aguas son sulfurosas, y de aquí el nombre de la ciudad, que significa ciudad caliente: asimismo cuenta con varios arrabales, formados en gran parte de chozas de tierra. Los demás cuarteles de la poblacion son muy hermosos y hasta en parte magníficos; sobre todo en la ciudad nueva, se encuentran calles muy espaciosas, tiradas á cordel, grandes plazas, preciosas casas y edificios públicos de un aspecto grandioso, tal como el palacio del gobernador general, los cuarteles, el gran bazar, teatro, gimnasio, los tres puentes, el parador público para alojar las caravanas, etc., etc. Respecto al movimiento mercantil y animacion general, puede Tiflis competir con el Cairo. Confúndense allí las nacionalidades europeas y asiáticas en miscelánea sumamente interesante: así es que al discurrir por las calles se tropieza, ora con soldados rusos, judíos hablando el español, turcos, tcherkeses, ora con tártaros, persas, armenios y colonos alemanes. No se deja también de encontrar de vez en cuando algunos que otros caballeros y damas en traje rigurosamente *parisien*, y luego, si es menester, viene a ravesando la muchedumbre á paso veloz una calesa ocupada por un oficial superior moscovita con su lujoso uniforme de bordados de oro. Tiflis es hoy día también muy frecuentada por ser paso de la India á Europa por tierra, por constituir la capital de la provincia Georgia, territorio con una superficie de mas de 1,530 millas cuadradas, y residencia ordinaria del gobernador general de toda la Rusia meridional. En tiempos mas recientes, y desde que se puede viajar con alguna seguridad por el Cáucaso, se ha convertido Tiflis en punto principal de comunicacion y de escala para el comercio ruso-caucasiaco.

Tiflis fué fundada á mediados del siglo V por el rey Vakh-tang; adquirió bastante importancia en el IX, y desde entonces fué la capital del reino de Georgia y residencia de los reyes de Karthli. Gengiskhan, en el siglo XII, y Mustafá-Bajá en 1576 se apoderaron de ella y la saquearon: Aga-Mohamed, Sah de Persia, la destruyó en 1796, y por último, en 1801 hicieron dueños de ella los rusos, los cuales la reedificaron: desde esta época ha aumentado mucho y mejorado considerablemente.

En 1830 contaba Tiflis 33,000 habitantes; pero en esta época arrebató la cólera las dos terceras partes de la poblacion. En el día asciende esta, según datos de *Petermann*, célebre viajero, á 47,000 almas; la mitad son armenios, encon-

trándose también muchos alemanes establecidos allí y en las colonias vecinas desde los años de 20. Además de las autoridades superiores, tanto civiles como militares, reside allí un metropolitano georgiano, un arzobispo armenio y un obispo ruso. Además de la magnífica catedral hay otras 40 iglesias, cuyas torres son de forma cónica, y no de cebolla como las rusas: asimismo encierra Tiflis algunos conventos y monasterios, una biblioteca pública, un gabinete de historia natural y un jardín botánico. Los principales ramos de industria comprenden la manufactura de tejidos de lana, algodón y seda, así como la fabricacion de sal mineral, traída al efecto á la ciudad desde unas salinas que hay no muy distantes de ella.

MISCELANEA DE LA GUERRA.

Anales de Rusia. Pedro III emperador de Rusia, murió en un calabozo el 13 de julio de 1762, seis días después de haber sido desposeído del trono por sus vasallos rebeldes. Pablo I, padre del último emperador, murió asesinado por los nobles la noche del 11 de marzo de 1801. Alejandro I falleció misteriosamente en 1825, y su muerte, cuando se hallaba en campaña en guerras temerarias que podían comprometer la suerte de la Rusia, se atribuyó á un veneno. La repentina y violenta del Czar Nicolás, se atribuye á lo mismo. Su heredero el gran duque Alejandro ha sido partidario de la paz, y su hermano el príncipe Constantino, ardiente partidario de la guerra. Algunos ven aquí el germen de nuevas catástrofes.

Continúa el frío. En el Norte persiste en toda su fuerza el frío; el hielo ha unido los dos límites de Suecia y de Dinamarca separados por el mar. En esta superficie sólida, cubierta de una gruesa capa de nieve, se ve serpentear un sendero negro y tortuoso entre Elsenaur y Helsinborg, por el cual marchan los carruajes, carretas, ómnibus y diligencias que trasportan sin peligro al través del Sund, los viajeros y las mercancías destinadas á los dos reinos. Hay en la actualidad tantos suecos en la ciudad danesa, como daneses en la ciudad sueca. Se han establecido tiendas y almacenes en el hielo, y se hace en este camino singular y animado un comercio al por menor considerable. No suele verse semejante espectáculo sino cada veinte ó treinta años.

Apuntes biográficos. De una noticia por orden alfabético de los personajes rusos que mas han intervenido hasta el día en los negocios de Oriente, sacamos lo que sigue:

«Constantino Nicolaewich (el gran duque). Este es el hijo segundo del emperador Nicolás. Nació el 27 de setiembre de 1827, y reúne hoy los títulos de gran almirante, jefe del cuerpo de cadetes de marina, general agregado comandante de la 4.ª brigada de manutención de la guardia, coronel del regimiento de húarses, llamado regimiento de Mignel Pawlowitch, miembro del consejo de las escuelas militares y del comité siberiano, y coronel propietario del regimiento de infantería austriaca número 28. Casó el 11 de setiembre de 1748 con la princesa Alejandra Josephowna (Alejandra Federica-Enriqueta-Paulina-Mariana-Isabel), hija de José, duque de Saxe-Altemburgo. El príncipe Constantino se dice es un retrato de su tío el gran duque de su mismo nombre, hermano menor de Alejandro, y ha demostrado desde su infancia una decidida afición por la marina, la guerra y los viajes.

«El príncipe Constantino ha estudiado profundamente la historia política de la Turquía, sus recursos militares, agrícolas, financieros, industriales, y hasta su idioma, que habla perfectamente. Sus conocimientos en marina son igualmente bastante estensos, los que debe en parte al almirante Lutke, que le ha acompañado en todos sus viajes, y mas que todo á los servicios que él mismo ha prestado en el departamento de marina, como secretario general del príncipe Menschikoff. En virtud de orden del emperador, emprendió en 1845 el viaje de San Petersburgo á Sebastopol, en compañía del almirante Lutke, y apareció algún tiempo después en Constantinopla, donde hizo una entrada como si se le recibiere en triunfo. Después de volver á la corte hizo un segundo viaje marítimo á las costas de la Noruega, abordo del navío de línea el *Ingermanstad*. El año siguiente visitó con una escuadra á Tolon y Argelia, donde fué recibido por los príncipes de Joinville y de Aumale, y en 1847 la Dinamarca y la Suecia, en la fragata *Palas*, acompañado del príncipe Menschikoff. Al principio del año de 1854 ha dirigido en Odessa, como agregado de este último, las operaciones marítimas del mar Negro, y hoy ejerce el mando superior de las flotas del Báltico, donde tiene á sus órdenes los almirantes Lutke y Ricordi, Zepautchin II y Scharamin.

N. cronología de los Czares. La inesperada muerte de Nicolás I nos trae á la memoria la larga serie de las repentinas y misteriosas de que sucumbieron un gran número de sus antecesores.

«Sin contar los parricidios de las primeras dinastías, que se hallan consignados en la historia de este imperio, después de Basilio III, á quien el hijo de Youzi hizo sacar los ojos para inhabilitarle en su derecho á la corona, Ivan III hizo prender á su hijo mayor, degollar al segundo, y en medio de ejecuciones sangrientas llega á sentarse en el trono desde el año de 1472 á 1505. Su reinado es de los mas célebres, y los historiadores rusos le llaman el *Grande*.

Su sucesor Basilio IV murió prisionero en Varsovia. Su sucesor Ivan IV no ejerció sus crueldades mas que sobre su pueblo, y fué apellidado el *Czar terrible*.

Fedor I, con el objeto de reinar lo mas pronto posible, asesinó en la cuna al hijo de Ivan IV, Dimitri, y él fué asesinado á su vez por su cuñado el tártaro Boris Gudnow. Este Czar por usurpador no vió otro medio de asegurar su poder que deterrar y asesinar todos los descendientes barones de las ex-familias reinantes. Disfrutó del imperio siete años: pereciendo envenenado.

Su hijo Fedor II á los pocos meses de reinar fué muerto por el monje Otrepieu, que al subir al trono tomó el nombre de Dimitri V. Este asesino fué reemplazado muy pronto por Basilio V, que en el mismo año espiró en las cárceles de Varsovia.

Los Romanoff llegaron al trono en 1613. Dos ó tres reinados insignificantes precedieron al de Pedro el Grande, quien en medio de sus buenas condiciones políticas nos pintan los historiadores como violento, disoluto y cruel, hasta el punto de ejecutar él mismo sus propias sentencias. En una ocasión

hizo degollar 4,000 soldados de una vez; su hermana Sofia fué aprisionada; su madre arrojada en un convento, donde murió; y su hijo Alexis, que habia demostrado sentimientos humanitarios y pacíficos, fué muerto. Después de estos hechos, Pedro I murió repentinamente en su palacio de Peteroff en 1725. Pedro II, hijo de Alexis, murió á la edad de 15 años, después de reinar dos.

Ana Iwaorvhinna sube al trono en 1730 y abandona las riendas del gobierno á su favorito Iwan Biren, que ejerce crueldades dignas de la raza su hermana: 23,000 hombres deportó á Siberia sin enjuiciar, y poco tiempo después él es deportado á su vez en el mismo sitio donde habia llevado á las víctimas por su nuevo favorito.

Iwan VI, que subió al trono á la edad de tres meses, fué preso algunos después de su advenimiento al poder. Llegado á la edad de 22 años, fué asesinado.

Elisabeth llamada la *Clemente*, llegada al trono por medio de una revolución, afecta permanecer célibe sin heredero legítimo, dejó degollar á su joven pariente Iwan, y muere en 1762 de una enfermedad indeterminada.

Pedro III, primer soberano de la dinastía de los Holstein Gottorff, fué asesinado en su palacio por las órdenes de Catalina su mujer.

Catalina II de este nombre, después de un reinado notable bajo el punto de vista político, murió súbitamente en 1796, según dicen, de un ataque apoplético y fulminante.

Pablo I, en quien Pedro III no veía mas que el fruto de un adulterio, iba á ser escluido de la sucesion al trono por un ukase, cuando Pedro III mismo fué escluido por la muerte que hemos mencionado, y de que se encuentran tan admirables ejemplos en los anales fúnebres de esta monarquía. Reinó después de Catalina, y terminó su vida estrangulado con su propia corbata por los grandes de la corte en la noche del 23 al 24 de marzo de 1801.

Alejandro III, hijo del anterior, acusado de haber entrado en la conspiracion de la muerte de su padre, es el autor del famoso tratado de la Santa Alianza. Habiendo manifestado en los últimos tiempos de su vida tendencias á adoptar el catolicismo, espiró después de una corta enfermedad con síntomas de envenenamiento.

Nicolás I, hermano del precedente, es el último eslabon de esta cadena fúnebre que se presenta como tipo del derecho divino de los reyes. *La Esperanza* puede tomar acta de estos acontecimientos para ilustrar la fé de sus lectores, y demostrar que somos mas ilusos los que les damos un origen mas humano y menos criminal.

Un antojo satisfecho. Una bella y aristocrática dama de Londres tenia un amigo en las filas del ejército aliado, que tuvo la desgracia de caer prisionero en una de las salidas nocturnas que hicieron los rusos al principio del sitio de Sebastopol. Al escribirle nuestra ilustre inglesa, prodigándole algunos consuelos en su aflictiva situación, le decía que tenia un capricho hacia mucho tiempo, que deseaba ver satisfecho, y el que si bien podia calificarse de extravagante, era no obstante objeto de sus ilusiones y de sus esperanzas. El capricho consistía en rogar á su amigo que el día en que Menschikoff cayese prisionero le enviase un boton de la casaca del ruso, que ella queria conservar como una reliquia. Interceptada por los agentes rusos la carta entre otras, y sabido por Menschikoff el deseo de la hija de Albion, llamó al oficial á quien iba dirigida, y cortándose un boton de su casaca se lo dió al prisionero con una carta para la dama, en que decía: «Que él no tenia idea de que pudiera caer prisionero, pero que esto no obstaba para que él deseara evitarla una pesadumbre, y que con el mayor gusto y respeto le enviaba el boton consabido, pues no queria dilatar el complacerla por si como era de creer no tenia lugar su prision ni su derrota.»

Ignoramos cómo habrá recibido nuestra inglesa la galantería del príncipe moscovita.

Un episodio de la campaña de Crimea. A últimos de noviembre del año pasado, un piquete francés que se hallaba cerca del fuerte de la Cuarentena, observó cierto movimiento en la guarnicion rusa, y con este motivo creyó que habian entrado nuevos refuerzos en la plaza: para averiguar la realidad del hecho, se resolvió sorprender á un centinela ruso, pero como la empresa era difícil, atendida la gran cautele y vigilancia de los centinelas moscovitas, era necesario valerse de un ardid con el cual se lograra el objeto sin alarmar al enemigo.

Un zuavo de los que formaban parte del piquete se encargó de la sorpresa, y esperó á la noche, que se presentaba muy oscura y lluviosa, para llevar á efecto su pensamiento. Estando ya todo preparado salió de su puesto seguido de otros cinco compañeros, á quienes llevaba bastante venaja, y al aproximarse á uno de los centinelas de las avanzadas rusas, hizo un ligero ruido entre algunas retamas, que fue interrumpido por el grito: «¿quién vive?» del centinela; mas como este no oyerá otra contestacion sino el repetido gruñido de un cerdo, empezó á observar hácia qué parte se hallaba el animal, diciendo con alegría: «te has escapado de los enemigos, y vienes á consolar nuestros hambrientos estómagos; te doy las gracias en nombre de mis compañeros, y te dispensaremos una favorable acogida sin que para nada intervengan los oficiales.» Cayendo el moscovita en el lazo, se puso también á gruñir á fin de llamar al piquete que se le iba acercando vagamente, y cuando le vió ya á poca distancia soltó el fusil y trató de agarrarlo, mas el zuavo que estaba observando, á pesar de la oscuridad, los movimientos del engañado centinela, se arrojó sobre él al mismo tiempo que llegaban sus compañeros, y tapándole inmediatamente la boca, se lo llevaron prisionero al destacamento, en donde se alabó el ingenio del zuavo, que conociendo su habilidad para imitar el gruñido del cerdo, se habia metido en la piel de uno que se habia matado aquel día en el campamento.

Viaje de recreo. Según vemos en los periódicos franceses, ha empezado á circular por París un prospecto anunciando un viaje de recreo para Sebastopol, el cual debe conducir á los viajeros de Marsella á Constantinopla, de Constantinopla á Crimea, de la Crimea á Egipto, pasando por Sinope, y de regreso por el Egipto y la Argelia. Se invertirán tres meses en la esperacion. La partida tendrá efecto en Marsella el 1.º de marzo próximo abordo del *Yatch la Isabela*, de vela y de vapor, con pabellon neutro-toscano. Este viaje se hará por la bagatela de 12,000 francos. Bueno es advertir que solo se admitirán diez pasajeros, pero que estos disfrutaran de todas las comodidades apetecibles.

LA ESPOSA DEL SOL.

Trés años hace habia en Montmartre, en casa del doctor Blanche, que cura toda clase de demencias al revés de sus demás colegas de la medicina, esto es, prodigando á sus enfermos los mas exquisitos cuidados y dejándoles gozar de libertad, habia, decimos, una mujer cuya locura era singular é interesante. Esta infeliz, jóven aun, de rostro dulce y angelical, no tenia otra manía que la de figurarse casada con el sol, y decia que este, cubierto su rostro con un velo trasparente de nubes, le habia prometido ser suyo eternamente en un hermoso dia de otoño. Desde entonces ella pertenecia al sol, como el sol le pertenecia á ella, pues habia sentido sobre su mano el ardiente ósculo de su esposo, y desde entonces ya no existia mas que para él. El sol era su gloria, su placer y su triunfo: levantábase por las mañanas antes de que aquel despudiese sus primeros destellos desde el cielo, y fijaba en él la vista esperando á que saliese su esposo, al que saludaba con sus miradas como los pájaros le saludan con su cántico; como el rio le saluda con su murmullo; como la rosa le saluda con su perfume. Cuanto mas hermosa estaba la naturaleza al salir el sol; cuanto mas sereno aparecía el cielo; cuanto mas placentera estaba la creación entera, tanto mas feliz era la pobre loca. ¿No era su divino esposo el que por doquiera arrojaba su luz y su calor?... ¿No era él el rey del mundo? ¿No habia pasado ella toda la noche soñando con el vivificador de la creación?... El alma del mundo era tambien su alma. Así, en un éxtasis perpétuo y celestial, seguía el curso del sol y procuraba recoger hasta sus menores rayos: cuanto mas se remontaba aquel al firmamento, tanto mas crecía su entusiasmo poético. Apenas se podía lograr de la loca que hiciese las comidas acostumbradas; tan ocupada estaba con su pasión! Y aun para hacerla tomar algún alimento preciso era decirle que su divino esposo habia dorado aquellos manjares, madurado el trigo y sazonado los frutos: vertía en su honor una gota de leche por la mañana, y vaciaba despues el vaso á su salud; luego, cuando comenzaba á morir el dia, y cuando comenzaba á perderse el rayo luminoso detrás del Sena, la tierna esposa se ponía tan inquieta como puede estarlo la mujer de un pobre pescador, cuyo marido se halla ausente hace dos meses, y que oye mugir el mar. — ¿Qué será de mi esposo? decía la loca. Con tal de que no se hiera en el camino, gran Dios, consiento en perderle. — Poco á poco iban haciendo lugar el sol á la noche: entonces juntaba sus manos sobre el pecho la pobre loca, y con un tono misterioso y con una voz dulcísima decía á su esposo: «*Esperame... esperame!*...» En seguida entraba en su cuarto á toda prisa, porque no queria hacerle aguardar.

¡Feliz y singular locura! ¡dichoso delirio! Tener unida su alma al cielo por un rayo de ese astro vivificador; no sentir otra pasión que la de un cielo sereno; no temer sino á las nubes que velan al astro del dia; ser feliz siempre que la naturaleza es feliz; abrir su alma al dulce calor como hace la tierra, y recibir de él su benéfica influencia; entonar por lo bajo un cántico á su amor, y no temer celos mas que de la yerba de los campos!... Tal fué la vida de esta pobre loca por espacio de diez años. Y no por eso dejó de tener tambien pesares lo mismo que si no estuviese demente; pues así que venia el invierno y que miraba palidecer el rostro de su esposo y temblar bajo la nieve como haria un jóven herido de muerte; así que veía aquella gloria inmensa oscurecida por espesas nubes, lo mismo que sucede á los mas grandes hombres, cuya gloria oscurece la envidia, entonces la desgraciada muere en efecto la mas triste de las criaturas; entonces no habia reposo, sonrisa, cántico ni alegría en su alma. ¡Cuán largos le parecían los dias de invierno cuando veía que su esposo descaecia y temblaba, apoyando su cabeza fatigada sobre las montañas cubiertas de hielo! Aquellos eran padecimientos efectivos; era un mal de amor como el que sienten de siglo en siglo las compañeras privilegiadas de algunos genios desgraciados.

Así, cuando en la primavera la pobre loca del doctor Blanche encontraba á su esposo como le habia dejado en el mes de mayo; cuando le veía mas resplandeciente que nunca; cuando veía que las hojas de los árboles anunciaban su venida, entonces tornaba á su corazón la dulce alegría; entonces la pobre mujer se quitaba el luto, y vestía su mas rico traje, y cantaba su mas dulce himno. «*Regocijaoos en el cielo y la tierra, los astros del firmamento, y las ondas del manso rio; regocijaoos todos, regocijaoos, ángeles de los cielos y hombres de la tierra... mi esposo estaba ausente y enfermo y ya ha vuelto con salud; el sol se hallaba ausente; pero ahora, regocijaoos, ya está de vuelta.*» — Y en efecto, la naturaleza entera obedecia á la pobre loca; la naturaleza entera se regocijaba con la vuelta del esposo de la infeliz loca.

Un dia, hace tres años, el sol á la mitad de su carrera lanzaba sus rayos mas puros sobre la tierra. Sentada esta en la yerba, seguía los pasos de su augusto esposo en el cielo. Nunca habia estado tan lleno de amor el corazón de aquella pobre mujer; nunca habia sido tan tierna su mirada; nunca su sueño habia estado tan cerca de la realidad. Entendíase tan bien ella y su esposo, que marchaba este muy lentamente sobre ese manto azul del firmamento para tener tiempo de ver á rodillas delante de sí. Pero de repente ese poderoso rayo de la naturaleza se detiene y oscurece; de repente desaparece el sol, no como otras veces, por grados, sobre las orillas del rio, despues de haber sacudido el polvo brillante de su túnica y de sus pies, sino que se detiene súbitamente, se oculta y no se le ve ya. — ¿Dónde se ha escondido?... — Sí: esclama la desventurada: sí, mi esposo está en casa de mi rival: sí, me es infiel... véole que parte á la mitad del dia, y no por eso á la noche vendrá. — ¿Cómo ella no vivía sino para verle durante el dia, mas que para esperarle durante la noche, para saludarle á la aurora, para cantarle en la primavera, para admirarle en estío, para bendecirle en otoño, para llorarle en invierno, para amarle en todos tiempos, al verle desaparecer así sin saber dónde, ni saber si volvería, murió la pobre mujer durante el eclipse; murió de celos, de desesperación y de amor.

Apenas habia un segundo que no respiraba, cuando el sol libre de un inocente encuentro con la tierra, proseguia tranquilamente su camino; pero ya era demasiado tarde: todo aquel drama se habia terminado, y el inmortal esposo, objeto de tan violento cariño, no hirió ya con sus rayos mas que unos ojos cerrados y estinguídos. Sí... sí: la pobre mujer era cadáver, porque el triste y calmoso auxilio que el sol la envió, y que se

detuvo sobre ella como para pedirle perdón de su involuntaria ausencia, no fué capaz de despertarla, ni de reanimar su corazón helado!

MR. JULES JANIN.

A la derecha margen del Rhódano, y en el corazón del distrito del carbon de piedra, hay una manufacturera ciudad, cuyas humeantes chimeneas anulan la atmósfera; en esta ciudad, distante 12 leguas de Lyon, y llamada Saint-Etienne, vino al mundo (año 1804) el folletista que tanto amenizó posteriormente los periódicos europeos, el mismo cuya biografía vamos á bosquejar.

Fué su padre un abogado de provincia, generalmente estimado, hombre de reconocida probidad y talento, que disfrutaba de una posición bastante acomodada.

En 1813 pasó el niño J. Janin á una escuela de Lyon, para recibir en ella la instrucción primaria; la fortuna comenzó desde muy temprano á señalarle su futura vida metropolitana, haciéndole abandonar las orillas del Rhódano para pasar al colegio de Louis le Grand, en París, donde recibió una sólida educación clásica, de que dió despues pruebas inequívocas en sus escritos.

Siendo aun muy jóven, terminó sus estudios, y á pesar de encontrarse sin profesion ni medios de subsistencia, se negó decididamente á volver á provincia, y resolvió permanecer en París. París, la ciudad por excelencia bulliciosa, alegre, con sus distracciones y sus innumerables espectáculos, era la morada que mas se adaptaba á los gustos, al vivaz carácter, vigoroso entendimiento y agudo ingenio de Jules Janin.

Verdad es que tenia las mas de las veces que ser filósofo observador de las costumbres y de los espectáculos gratuitos, por no permitirle sus escasos medios ser participante de tantas diversiones, y que su morada era la mas alta buhardilla del cuartel Latino; pero en cambio desde esa atalaya dominaba perfectamente las negruzcas y científicas torres de la Sorbona: ¿y á qué se reducían sus humildes tareas? — Servía de *passant* á una porción de jóvenes estudiantes que se preparaban á ser examinados y graduados.

Todos los hombres nacemos con decidida vocación para una cosa, y la mayor parte, ora sea efecto de las circunstancias de su nacimiento, ó bien de la educación que casualmente hayan recibido, bajan á la tumba sin haberla descubierto; mas aquel, cuya buena estrella, siendo aun jóven, le revela la verdadera profesion para que nació, puede contemplarse dichoso, porque obedeciendo ese aviso, labra su fortuna, y en muchas ocasiones su gloria. Esta verdadera vocación del hombre le es revelada á veces por medios estraños, caprichosos y al parecer tambien hasta insignificantes, un ejemplo de esto mismo lo tenemos en J. Janin.

Llegó una noche en que estaba casualmente parado delante de un teatro de los *boulevares*, observando cómo acudia la multitud al despacho de billetes, con el pesar de no poder hacer lo mismo, cuando casualmente un bueno y antiguo condiscípulo suyo acertó á pasar cerca de él, llevando apoyada en su brazo una jóven, tan alegre al parecer como bella; aquel era un amigo: si le hablaba, de fijo le haria aceptar un asiento en su palco, cosa muy agradable para Jules Janin, que tardó muy pocos minutos en reunirse á ellos.

— ¡Oh! exclamó el pobre *passant* dirigiéndose al condiscípulo, dichoso en verdad eres, amigo mio, de ser rico, pues que te proporciona los medios de ofrecer un palco á la mas linda de las actrices.

— Y á tí tambien, repuso aquel; pero chico, yo no soy rico; lo que soy es... periodista.

¡Quién lo creyera! esta sola palabra fué mágica para J. Janin, abrió en su existencia un mundo nuevo... ¡periodista! ¡pues calla!... nunca habia él pensado en que él tambien era muy capaz de escribir, y permitiéndose la comparación, él se sentía arrastrado hácia la tinta cual los anades al *agua*; en fin, el arcano de su verdadera vocación acababa de serle revelado.

A los ocho dias estaba empleado en un periódico para escribir la crítica de teatros; el periódico llamábase *Figaro*, y estaba en gran boga durante la última restauración francesa.

Desde sus primeros ensayos demostró ya el novel escritor su númer y su delicada gracia para manejar la sátira.

Luego apareció su primera novela, titulada *El año muerto y la mujer que lloraba*; producción, si se quiere, grotesca y estambótica como el título, pero tambien de talento, de sales y de no poco fundamento; libro que á pesar de sus lunares fué muy leído, severamente criticado y universalmente aplaudido. A esta siguió *Bernane*, composición superficial, ligera, brillante, fantástica, impertinente; de todo esto participaba; pero nunca cansada ni triste. Su tercera novela es: *El camino de enervijada*, y la última, si no me engaño, que ha dado á luz, es *Un corazón para dos mores*, obra de mas pretensiones, pero apareció confundida entre un enjambre de fugit vos folletines, de ensayos, cuentos, artículos y bosquejos sin fin, que arroja su pluma sin cesar. — Estos escritos han sido á veces recopilados y ofrecidos al público con el título de *Cuentos fantásticos, ó de elección de nuevos cuentos*, ú otros por el estilo.

Como escritor de esas bagatelas, no hay quien le esceda á Jules Janin, ni en gracia ni oportunidad, ni en su estilo fluido, elegante, ameno y embelesador, y el profundo conocimiento que posee del idioma francés le hace sacar partido de muchos juegos de palabra, y de frases muy graciosas.

Es muy fácil criticarle, como lo han hecho algunos detractores suyos: el mérito tiene envidiosos; y á pesar de haber supuesto algunos que no era hombre capaz de escribir una obra de fundamento, y de que solo sabia decir equívocos y cosas insustanciales, ese estilo que ellos tanto desprecian, no se ha labrado la reputación de Jules Janin, sino que le ha valido imitadores; es verdad que la mayor parte de estos, adoptando quizá sus defectos, no han sabido atinar, digámoslo así, con la elástica elocuencia de su estilo, aconteciéndoseles ni mas ni menos lo que á aquel caballero alemán, que despues de haber casi hundido una casa al querer saltar por encima de las mesas, decía que era para aprender á ser listo.

Jules Janin, digan lo que quieran, es hombre en el fondo de exquisito gusto, esmerada educación, mucho criterio y buen juicio. — Vive, es casado, y su reputación de hombre estimado en sociedad, de honrado, generoso, amigo tierno, de humor jocososo, y en fin, de lo que en su país se llama un *bon enfant* (un

buen muchacho), es asunto á que ha atendido con tanto cuidado como á su fama de célebre crítico y sobresaliente periodista.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

LAS PIELS ROJAS.

(Continuacion.)

— ¡Oh Dios mio! pensó Antonio, cuyo corazón latía fuertemente, ¡el pobre niño ha muerto!

En seguida, arrodillándose á su lado, levantó su cabeza y le frotó las sienes con aguardiente.

— No era sino un desmayo, exclamó despues de un momento con el corazón lleno de alegría: ¡acaba de dar un suspiro!

En efecto, Pedro no tardó en volver en sí.

La conmoción que habia sentido al saber la muerte de su hermana, habia sido tan violenta, que el pobre niño al volver en sí quedó algunos momentos sin poder pronunciar una palabra. Aunque sus ojos estaban abiertos, y tenia conciencia de su existencia, sentía vacío su cerebro y gran confusión en sus ideas. Poco á poco, sin embargo, la frescura de la noche y algunas gotas de aguardiente que le hizo tomar Antonio, le restablecieron del todo. Miró en torno suyo, y conociendo en fin á Antonio, cuya vista le recordó la realidad, lanzó un horrible grito y se arrojó en sus brazos vertiendo un torrente de lágrimas.

— ¡Ha muerto! ¡Antonio! ¡ha muerto! exclamó con voz desgarradora, ¡ha muerto mi querida Mariquita!

— Mas bajo, mas bajo, en nombre del cielo! dijo Antonio apretándole el brazo, mas bajo ó nos perdeis... Quizá es ya demasiado tarde, y los pelos rojas nos han oído.

— ¿Y qué me importa ya la vida? respondió Pedro: mi hermana ha muerto, y yo quiero morir para reunirme con ella en el cielo... No deseo mas que ser cogido por los pelos rojas: ellos al menos me matarán.

— ¿Y vuestra madre? dijo Antonio, ¿y yo mismo, Pedro, que me he espuesto por vos? ¿No contais por nada el pesar que vais á causar y las desgracias que me podeis causar?

— ¡Oh! ¡Perdón, Antonio! dijo Pedro, á quien esta sencilla queja volvió á la razón: vos, que sois tan indulgente, perdonadme, os lo ruego. El dolor me ofusca y no sé lo que digo.

— No ignorais, querido amigo, que tengo por principio no perder nunca la sangre fria, é imperar mientras puedo sobre mis sensaciones: este es el mejor medio que Dios da al hombre, no solo para retirarse del peligro, sino tambien para evitarlo. Domad vuestro dolor; apelad á vuestra energía, y cuando seais dueño de vos, examinaremos vuestra posición. Quizá la encontremos menos triste de lo que suponéis.

— Pero ¡si os digo que ha muerto! dijo Pedro con tono mas calmado y tratando de retener las lágrimas.

— Me lo decís, es cierto; pero viendo el poco imperio que ejerceis sobre vos mismo, así como la vivacidad, por no decir la exageración, de vuestro dolor, me encuentro poco dispuesto á creerlo.

— ¿Cómo, Antonio! ¿creéis que yo me atrevería á mentir sobre tal cosa?

— No: libreme Dios... pero una vivacidad irreflexiva conduce frecuentemente al error. Y creo que os habeis engañado, y que lo que decís no es verdad. Contadme lo que os ha sucedido desde que me dejasteis.

Pedro obedeció inmediatamente, y le contó la conversación de los dos pelos rojas que habia escuchado, y á consecuencia de la cual se habia desmayado.

— Y bien, querido amigo, yo tenia razón, dijo Antonio despues de haber escuchado con atención; nada de esto prueba que haya muerto vuestra hermana, y vuestro desmayo ha sido inmotivado.

— ¡Cómo! ¿esperais aun? exclamó Pedro, que reconociendo la sabiduría de Antonio, sentía volver á la vida.

— Hago mas que esperar; no tengo temor alguno. Si se hubiera tratado de vuestra hermana, los dos pelos rojas no hubieran dejado sus negocios y su caza por cumplir con ella los últimos deberes; pues Mariquita no hubiera sido para ellos sino una estraña y no una hija de la tribu. La conversación de los pelos rojas, estad seguro, no hacia referencia sino á alguna jóven india.

— Pero lo que me decís me parece ahora extremadamente natural, exclamó Pedro, que no acertaba á moderar su alegría.

— Silencio pues, ó hablad bajo; dijo imperiosamente Antonio. Pedro, nos perdeis.

— ¡Oh! ¡cuánta razón teneis en recomendarme la calma y la moderación! dijo el hijo de Urraca. ¡Cuántas angustias me hubiese evitado hace una hora, si dueño de mí mismo, hubiera reflexionado en vez de desesperarme, sin contar con que no hubiese lanzado ese grito y esas exclamaciones que me habeis reprendido y que han estado á punto de perderme!

— Si no nos han perdido ya! dijo Antonio con voz sorda interrumpiendo á Pedro; oigo removerse las malezas: se pueden apostar diez contra uno á que estamos descubiertos. En nombre del cielo, suceda lo que suceda, quedad inmóvil y como si estuviéseis muertos. Suceda lo que suceda, acordaos bien de esto. Es quizá la última advertencia que podré hacer. Ahora ni una palabra.

Antonio, despues de haber dicho esto, no hizo un movimiento, y retuvo, por decirlo así, hasta su aliento.

En cuanto á Pedro, que queria reparar su aturdimiento pasado, se le hubiese tomado por una estatua.

Desgraciadamente el cazador no se habia engañado en sus conjeturas: estaban descubiertos, y se lo probó un confuso ruido de voces y pasos que se acercaban con amenazadora rapidez: algunos minutos despues vieron brillar, á través de las malezas, las antorchas de los pelos rojas. No habia para los desgraciados aventureros ninguna esperanza. A mas de cien leguas de toda habitación, y no pudiendo razonablemente pensar en defenderse con la menor esperanza de triunfo contra una horda de mas de 300 salvajes, solo Dios podia salvarlos de la muerte... Pero como habia dicho Antonio, no se debe esperar enteramente en Dios, cuando uno mismo ha causado su desgracia. Y esta vez era Pedro quien con su atolondramiento habia alarmado á los pelos rojas.

Lo que podia debilitar hasta cierto punto la falta que habia

cometido, era su estremada resignacion y la completa obediencia que mostraba entonces á Antonio. Aunque el terrible peligro que les amenazaba solo estaba á algunos pasos, el valeroso niño, fiel á la recomendacion de su compañero, guardaba siempre la misma inmovilidad sin levantar siquiera la cabeza.

—Pedro, mi querido Pedro, murmuró Antonio á su oído, ha llegado el momento de separarnos: no olvideis, en nombre de lo que hay mas sagrado para vos, en nombre de vuestra hermana, no olvideis mi última advertencia: suceda lo que quiera, permaneced inmóvil. Ahora, Pedro, si muero como es probable, mi última palabra se elevará á Dios, pidiéndole que os proteja á vos y á vuestra hermana. Adios, adios, Pedro...

Después de haber pronunciado estas palabras, apretó enérgicamente la mano de Pedro, y levantándose de pronto empezó á correr hácia las pieles rojas que le buscaban. La vista de Antonio hizo lanzar un rugido de alegría á sus enemigos.

—¡Ved el rostro pálido! gritaron todos á una voz, corriendo hácia él.

Antonio, en el momento en que veinte brazos se estendian para cogerle, se dejó bruscamente caer al suelo, y poniéndose á correr á gatas, se puso á imitar con furor los aullidos de un perro rabioso, mordiendo las piernas de los pieles rojas.

loco... Porque ¿cómo explicar si no la estraña escena que le he visto representar? ¡Oh Dios mio! ¡tened piedad de nosotros!

Pedro pasó el resto de la noche entregado á sus tristes reflexiones, y sin poder gozar un momento de sueño. Lágrimas amargas inundaban su rostro, lágrimas de desesperacion y remordimiento. En fin, el sol se levantó radiante sobre la naturaleza, y Pedro miró ávidamente las chozas de los pieles rojas, que encerraban todo lo que mas amaba en el mundo, después de su madre, es decir, á su hermana y Antonio.

CAPITULO XIII.

Aunque los pieles rojas tienen por costumbre partir para la caza todas las mañanas antes de que salga el sol, habia ya adelantado mucho el día siguiente á la noche en que Antonio fué preso, y ningun indio habia salido de su choza. Esta infraccion de sus usos tenia el motivo siguiente: los guerreros de Yaki-el-terrible habian pasado la noche discutiendo, y necesitaban reposo; además de que esperaban un espectáculo atroz, y ninguno de ellos queria privarse del placer de asistir á él. En efecto, el consejo de guerreros habia decidido por unanimidad que el cara blanca, es decir nuestro pobre Antonio, fuese «unido al madero»; y esta frase que en castellano no tiene nin-

cuestion era saber dónde debía ponerse el palo, y cada uno queria que fuese en su choza para que su mujer y sus hijos se hallasen los primeros en tan brillante representacion. La discusion se acaloraba tanto, que muchos pieles rojas llevaban la mano á sus cuchillos, cuando la llegada de un indio adornado de brillantes plumas, que acababa de salir de una choza mayor y mejor construida que las otras, suspendió todas las conversaciones.

—¿Por qué mis guerreros gritan como niños encolerizados? preguntó con tono imperioso. Si existe entre ellos un motivo de discordia, que vengan á consultar á su jefe. Los pieles rojas escucharon estas palabras, si no con placer, al menos con respeto, y despertaron en Pedro confusos recuerdos.

—Estoy seguro de haber oido ya esta voz, se dijo: ¿quién puede ser este jefe?

Uno de los pieles rojas que formaba parte del grupo que tan ardentemente discutia, se adelantó después de haber consultado á sus compañeros con una mirada, y tomando la palabra:

—Nuestro jefe es la misma justicia, dijo, y su sabiduría no dejará de ponernos de acuerdo. Disputabamos sobre el lugar en que se ha de ejecutar el suplicio del cara pálido, que el dios de la guerra ha puesto en nuestras manos.



Tiflis, capital de la Georgia y provincia de Grusino-Imericia.

Los salvajes, admirados, se detuvieron á mirarle, y Antonio redobló sus aullidos y mordeduras.

Esta escena duró algunos minutos, con gran alegría de los pieles rojas, que encontraban una diversion imprevista en sus gustos y costumbres: mas como son, como hemos dicho muchas veces, estremadamente suspicaces, acabaron por temer que esta especie de comedia fuese una astucia de Antonio para reconquistar su libertad, y arrojándose sobre él le obligaron á levantarse. Luego le cogieron por los brazos y el cuello, y le llevaron consigo.

Antonio, por una precaucion sublime y llena de abnegacion, habia tenido cuidado al representar esta estraña escena, de alejar á los pieles rojas del lugar en que Pedro estaba escondido, de modo que los salvajes al llevarle á su campamento tomaron la direccion opuesta al sitio donde estaba el hijo de Uraca, y no pudieron verle.

A la luz siniestra de las antorchas, Pedro siguió con los ojos mientras pudo á su buen amigo.

—¡Oh Dios mio! pensaba arañándose el pecho, por mi culpa, solo por mi culpa, ha caido Antonio en manos de nuestros enemigos. ¡Pobre Antonio! ¡su desgracia es la mayor posible!... ¡Si conservase al menos su razon, yo podria esperar que encontrara un medio de escaparse! Pero ¡ay! á pesar de su fortaleza no ha podido resistir á tales sacudidas, y se ha vuelto

gun sentido terrible, le tiene espantoso en la lengua india: ved aquí cómo. El uso entre los salvajes consiste, no solo en no perdonar la vida á ningun prisionero, sino tambien en hacerle morir entre tormentos, con todos los refinamientos de una crueldad superior á la del tigre ó la hiena. Este suplicio que describimos á disgusto y solamente por decir toda la verdad, consiste en unir al condenado á un madero fuertemente plantado en la tierra. Luego los guerreros indios, á una señal de su jefe, se precipitan sobre él y le hacen padecer todos los suplicios que pueden inventar. Uno le corta los párpados para que el sol le hiera los ojos, otro le clava un hierro candente; otro le afila los dedos con un mal cuchillo, mientras otro le rompe sucesivamente los dientes con una piedra... Esto es lo que los indios llaman «unir al palo», y á este suplicio estaba condenado Antonio.

Pedro, á pesar de la recomendacion de Antonio, arrastrado por una irresistible curiosidad, se aprovechó de la ausencia de los pieles rojas para llegar arrastrándose hasta corta distancia del campamento. Encogido como un tigre en acecho entre unas malezas, podia no solo no perder un movimiento de los pieles rojas, sino tambien oír sus palabras.

Serian las cinco de la mañana cuando vió á los primeros salir de sus chozas. Reunidos en pequeños grupos hablaban con gran animacion, y parecia discutir contrarios pareceres. La

—Todo piel roja, segun nos llaman, debe deleitarse en ver correr la sangre de un enemigo, respondió el jefe. El cara pálido morirá pues en medio del campamento para que todos puedan presenciar su agonía.

—¿Dónde quiere nuestro jefe que se plante el palo? preguntó un indio.

—Aquí, respondió el jefe señalando una especie de montecillo que se elevaba en medio del campamento.

—El piel roja antes de dar esta respuesta se habia vuelto para escoger el sitio, y este movimiento permitió á Pedro ver su rostro.

—Gavilan! murmuró ahogando el grito de sorpresa que iba á arrancarle este descubrimiento.

En efecto este indio era Gavilan, ó por mejor decir, Yaki el Terrible, bajo cuyo nombre no le conocia Pedro, y que le conservaremos hasta el fin para evitar confusion.

Yaki, viendo que nadie se oponia á su orden, mandó á algunos guerreros á buscar el palo, para proceder sin mas tardanza al suplicio de Antonio.

Esta segunda orden agradaba demasiado á los indios, para que se retardase su ejecucion: así es que apenas habian pasado cinco minutos, cuando el madero estaba clavado en el montecillo designado por Yaki.

(Continuará.)

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo 26.